

IMPACIENCIA DEL CORAZÓN

«**A** quien tenga le será dado»; esta frase del Libro de la Sabiduría podría confirmar y consolar al escritor en el sentido de que «A quien mucho haya narrado le será narrado». Nada más erróneo que la idea, demasiado extendida, de que en el poeta trabaja sin cesar la fantasía, que inventa sin pausa acontecimientos e historias a partir de un filón inagotable. En realidad, en vez de inventarlos, no tiene más que dejarse encontrar por personajes y acontecimientos que, en cuanto ha demostrado su exacerbada capacidad de ver y escuchar, le buscan sin cesar para que los cuente de nuevo; a quien a menudo trata de interpretar destinos muchos le cuentan el suyo.

También este suceso me ha sido confiado casi en su totalidad en la forma aquí reproducida, y de manera por completo insospechada. La última vez que estuve en Viena acudí al caer la tarde, agotado por toda clase de preocupaciones, a un restaurante de las afueras del que sospechaba que había dejado hacía mucho de estar de moda, y pensaba que estaría poco frecuentado. Pero, apenas entré, me di cuenta con enojo de mi error. Ya en la primera mesa un conocido mío se levantó mostrando todas las señales de una sincera alegría, a la que naturalmente no respondí de modo tan tempestuoso como él, y me invitó a tomar asiento a su lado. No sería veraz afirmar que aquel diligente caballero fuera en sí un hombre áspero o desagradable; tan solo pertenecía a esa clase de naturalezas compulsivamente sociales que, de forma tan celosa como los niños sellos, coleccionan amistades, y por eso están especialmente orgullosos

de cada ejemplar de su colección. Para este tipo raro y bonachón —que como ocupación secundaria era un sabio y concienzudo archivero—, todo el sentido de la vida se limitaba a la modesta satisfacción de poder añadir con vana naturalidad a cada nombre que se podía leer de vez en cuando en el periódico: «Es buen amigo mío», o «Ah, estuve con él ayer», o «Mi amigo A me ha dicho y mi amigo B opina», y así de una tirada el alfabeto entero. Aplaudía infalible en los estrenos de sus amigos, telefoneaba al día siguiente a cada actriz para felicitarla, no olvidaba ningún cumpleaños, le ocultaba a uno los recortes de prensa desagradables y le enviaba los elogiosos con cordial simpatía. Nada de un hombre áspero, pues, sino sinceramente diligente, y feliz si un día se le solicitaba un pequeño favor o incluso si aumentaba el gabinete de rarezas de sus conocidos con un nuevo objeto.

Pero no es preciso describir con más detalle al amigo «lapa» —bajo este alegre mote se reúne en Viena a esa clase de bonachones parásitos dentro del abigarrado grupo de los esnobs—, porque todo el mundo lo conoce y sabe que no es posible defenderse sin rudeza de su conmovedora inocuidad. Así que me senté, resignado, con él, y había pasado un cuarto de hora de cháchara cuando entró al local un caballero alto, que llamaba la atención por su rostro fresco y juvenil, adornado de un pícaro gris en las sienes; cierto envaramiento en el andar revelaba en seguida su condición de antiguo militar. Mi acompañante se levantó de un salto para saludar, con la diligencia típica en él, a cuyo ímpetu el caballero respondió con más indiferencia que cortesía, y aún no había pedido el nuevo cliente al camarero que se había apresurado a atenderle cuando ya mi amigo «lapa» se acercaba a mí y me susurraba:

—¿Sabe usted quién es?

Como hacía ya mucho que conocía su orgullo de exponer de manera elogiosa cada ejemplar a medias interesante de su colección, me limité a decir un «no» bastante horro de

interés y seguí saboreando mi tarta Sacher. Pero esta indolencia mía excitó aún más al alcahuete, e inclinándose hacia mí, con la mano encubriendo cautelosa la boca, me dijo en un susurro:

—Es Hofmiller, de la Intendencia general... Ya sabe, el que ganó la Orden de María Teresa¹ durante la guerra.

Dado que este hecho no parecía conmoverme del modo esperado, empezó a contarme, con el entusiasmo de un libro de lecturas patrióticas, las hazañas que el tal capitán Hofmiller había llevado a cabo en la guerra, primero en la caballería, luego en aquel vuelo de reconocimiento sobre el Piave durante el que, solo, había derribado tres aviones, y por fin en la compañía de ametralladoras con la que había cubierto y sostenido durante tres días un sector del frente... Todo ello con abundancia de detalles —que paso aquí por alto—, y manifestando a cada momento su desmedido asombro por que jamás hubiera oído nada de ese hombre espléndido, al que el emperador Carlos² en persona había distinguido con la más infrecuente condecoración del Ejército austríaco.

Involuntariamente, me dejé arrastrar a mirar hacia la otra mesa, para ver por una vez a un héroe sellado por la historia desde dos metros de distancia. Pero entonces topé con una mirada dura e indignada, que parecía querer decir: «¿Te ha dicho ese tipo algo de mí? ¡A mí no se me mira!». Al mismo tiempo, con movimiento inequívocamente inamistoso, el caballero movió su asiento y nos volvió enérgico la espalda. Algo avergonzado, aparté los ojos y en adelante evité mirar con curiosidad aunque solo fuera el mantel de aquella mesa. Poco después me despedía de mi

¹ Creada en 1757 por la emperatriz del mismo nombre, la Orden Militar de María Teresa era una de las más importantes condecoraciones militares del Imperio austrohúngaro.

² Último emperador de Austria, reinó durante menos de dos años, hasta el final de la Primera Guerra Mundial.

bravo charlatán, no sin observar mientras salía que se trasladaba de inmediato a la mesa de su héroe, probablemente para ofrecerle tan celoso informe acerca de mí como a mí sobre él.

Eso fue todo. Un cruce de miradas, y sin duda que habría olvidado ese fugaz encuentro, pero quiso el azar que al día siguiente, en una restringida reunión, volviera a verme frente al rechazante caballero, que por otra parte, vestido con vespertino esmoquin, aún resultaba más llamativo y elegante que ayer, con un más informal traje de franela. A ambos nos costó trabajo ocultar una pequeña sonrisa, esa pensativa sonrisa entre dos hombres que, en un grupo mayor, comparten un secreto bien guardado. Me reconoció tan bien como yo a él, y probablemente nos irritamos o divertimos del mismo modo al pensar en el fracasado alcahuete de ayer. Al principio evitamos hablarnos, lo que de todos modos no habría sido posible, porque a nuestro alrededor se desarrollaba una animada discusión.

El objeto de esa discusión quedará revelado de antemano si menciono que tuvo lugar en el año 1938. Ulteriores cronistas de nuestro tiempo establecerán un día que en el año 1938 casi todas las conversaciones en todos los países de nuestra perturbada Europa estaban dominadas por las conjeturas sobre la probabilidad o improbabilidad de una nueva guerra mundial³. De forma inevitable, el tema fascinaba toda reunión, y a veces se tenía la impresión de que no eran siquiera las personas las que reaccionaban a su miedo con sus sospechas y esperanzas, sino que, por así decirlo, era la propia atmósfera, el aire excitado y cargado de secretas tensiones, la que quería descargarse en las palabras.

³ Zweig se refiere al episodio que la historia conoce como «crisis de los Sudetes», en la que Inglaterra y Francia estuvieron a punto de declarar la guerra a Alemania por la región checoslovaca de los Sudetes. La crisis terminó con el llamado Acuerdo de Múnich, en el que Francia e Inglaterra terminaron cediendo a las presiones de Hitler para evitar un conflicto bélico.

El anfitrión, abogado de profesión y dogmático de carácter, inició la conversación; demostró con los argumentos usuales el absurdo usual: que la nueva generación conocía la guerra y no se lanzaría a otra tan impremeditadamente como la última vez. En el momento mismo de la movilización los fusiles dispararían hacia atrás, especialmente los viejos soldados del frente como él no habrían olvidado lo que les esperaba. Me irritó la jactanciosa seguridad con la que, en el mismo momento en que decenas y centenas de millares de fábricas producían explosivos y gases tóxicos, despreciaba la posibilidad de una guerra con la misma ligereza con que sacudía la ceniza de su cigarrillo con un golpecito del índice. No se debía creer siempre lo que se quería, respondí con bastante decisión. Los departamentos y organizaciones militares que dirigían el aparato bélico no se habían dormido, y mientras nosotros nos embriagábamos de utopías habían aprovechado en abundancia el tiempo de paz para reorganizar de antemano a las masas y tenerlas en cierta manera listas para abrir fuego. Ahora mismo, en medio de la paz, el general servilismo había alcanzado increíbles proporciones gracias al perfeccionamiento de la propaganda, y había que ver con claridad el hecho de que desde el momento en que la radio lanzara a las viviendas el aviso de movilización no habría que esperar resistencia alguna en ningún sitio. El grano de arena humano ya no contaba hoy como voluntad.

Desde luego que todos se pusieron en mi contra porque, siguiendo acreditada práctica, el instinto de autoatardimiento del ser humano hace que su forma preferida de despachar los peligros de los que, en su fuero interno, es consciente sea declararlos nulos e inexistentes, y además semejante advertencia contra el optimismo fácil no podía resultar bienvenida ante la cena espléndidamente servida en la habitación de al lado.

De forma inesperada, el caballero de la Orden de María Teresa salió en mi ayuda, precisamente él, en quien mi

errado instinto había presentado un adversario. Era puro absurdo, declaró con energía, pretender hoy día incluir en el cálculo la voluntad o no voluntad del material humano, porque en la próxima guerra el verdadero esfuerzo correspondería a las máquinas, y los hombres quedarían degradados a ser una especie de elemento de las mismas. Ya en la última guerra no se había encontrado en campaña a muchos que se mostraran claramente a favor o en contra de la contienda. La mayoría habían sido arrastrados a ella como una nube de polvo por el viento y habían terminado en su gran torbellino, arrojado sin voluntad cada individuo como un guisante dentro de un gran saco. En suma, quizá hubieran huido más hombres a la guerra que huido de ella.

Escuché sorprendido, interesado sobre todo por la energía con la que siguió hablando:

—No nos entreguemos a ninguna ilusión. Si hoy en día, en cualquier país, los tambores llamaran a una guerra completamente exótica, una guerra en Polinesia o en un rincón de África, cientos de miles de personas acudirían a ella sin saber bien por qué, quizá sólo por el gusto de huir de sí mismos o de unas circunstancias insatisfactorias. Apenas puedo valorar por encima de cero la resistencia fáctica a una guerra. La resistencia de un individuo contra una organización requiere siempre un valor mucho mayor que el mero dejarse arrastrar, valor individual, y esa especie se está extinguiendo en nuestros tiempos de creciente organización y mecanización. En la guerra topé casi exclusivamente con el fenómeno del valor de la masa, del valor dentro de las filas, y si ponemos bajo una lupa este concepto descubriremos componentes muy extraños: mucha vanidad, mucha ligereza e incluso aburrimiento, pero sobre todo mucho miedo... Sí, miedo a quedarse atrás, miedo a ser objeto de burla, miedo a actuar solo y miedo, sobre todo, a oponerse al impulso masivo de los otros; he conocido a la mayoría de los que pasaban por ser los más valientes en el campo de batalla, y personalmente y en su vida civil eran unos héroes

muy cuestionables. Por favor —dijo volviéndose cortésmente al anfitrión, que ponía mala cara—, yo mismo no me excluyo en absoluto.

La forma en que hablaba me gustó, y quise dirigirme a él, pero en ese momento la señora de la casa llamó a la cena y, sentados el uno lejos del otro, no pudimos entablar conversación. Solo al marcharnos coincidimos todos en el guardarropa.

—Creo —me sonrió— que nuestro común protector ya nos ha presentado indirectamente.

Yo sonreí a mi vez.

—Y a fondo, además.

—Posiblemente ha expuesto con gruesos trazos que soy una especie de Aquiles, y se ha cansado de ponerse mi condecoración en el chaleco.

—Más o menos.

—Sí, está condenadamente orgulloso de ella..., igual que de sus libros.

—¡Es un tipo curioso! Pero los hay peores. Por lo demás..., si le parece bien, podemos caminar un rato juntos.

Salimos. Se volvió de repente hacia mí:

—Créame que no estoy haciendo frases si le digo que durante años no hay nada que me haya hecho sufrir más que esa Orden de María Teresa, demasiado llamativa para mi gusto. Es decir, para ser sincero..., desde luego que entonces, combatiendo en campaña, se me pasó al principio por la cabeza. Al fin y al cabo, uno ha sido educado para soldado, y en la academia ha oído hablar de esa orden como de una leyenda, de esa orden que quizá recae solo en una docena de personas en cada guerra, en la práctica igual que una estrella del cielo. Sí, para un muchacho de veintiocho años algo así significa toda clase de cosas. Uno se halla de pronto ante todo el frente, todo el mundo mira cómo de pronto algo te brilla en el pecho como un pequeño sol, y el emperador, su inaccesible majestad, le felicita a uno estrechando su mano. Pero esa distinción solo tenía sentido y vigencia

en nuestro mundo militar; y cuando terminó la guerra me pareció ridículo andar toda la vida por ahí marcado como un héroe porque en una ocasión actué con coraje durante en realidad veinte minutos... Probablemente no con más coraje que otros diez mil, frente a los cuales se tuvo la suerte de ser observado, y quizá la más asombrosa de volver con vida. Ya al cabo de un año de que en todas partes la gente se quedara mirando fijamente el trocito de metal y después alzasen hacia mí, respetuosos, los ojos, me harté de vagar por ahí como un monumento ambulante, y la irritación por ese eterno destacar fue también una de las razones decisivas por las que al acabar la guerra me incorporé en seguida a la vida civil.

Caminó con paso un poco más enérgico.

—Una de las razones, he dicho, pero la principal razón fue una de orden privado, que quizá le resulte más comprensible. La principal razón fue que yo mismo dudaba profundamente de mi derecho, y desde luego de mi heroísmo; sabía mucho mejor que los mirones que detrás de esa orden se escondía alguien que no era ni mucho menos un héroe, e incluso era un decidido antihéroe..., uno de esos que solo se lanzaron tan vigorosamente a la guerra porque querían salvarse de una situación desesperada. Desertores de la propia responsabilidad más que héroes de su sentido del deber. No sé cómo lo verá usted... A mí, al menos, la vida envuelta en ese nimbo de santidad me resulta antinatural e insoportable, y me sentí, honradamente, aliviado de no tener que sacar a pasear mi biografía de héroe dentro de mi uniforme. Todavía hoy me irrita que alguien desentierre mi vieja gloria y —por qué no se lo voy a confesar— ayer estuve a punto de acercarme a su mesa y decirle a ese charlatán que presumiera de otro que no fuera yo. Durante toda la tarde, la mirada respetuosa que usted me dedicaba me ha estado royendo, y para desmentir a ese bocazas me hubiera gustado obligarle a usted a escuchar el relato de los caminos extraviados por los que llegué a alcanzar mi he-

roísmo... Fue una historia muy extraña, y podría poner de manifiesto que a menudo el valor no es más que la otra cara de una debilidad. Por otra parte..., no me importaría contársela ahora. Lo que ha estado dentro de un hombre durante un cuarto de siglo ya no es cosa suya, sino en gran medida cosa de otro. ¿Tendría usted tiempo? ¿No le aburriría?

Naturalmente que tenía tiempo; caminamos aún largo rato por las calles ya abandonadas, y estuvimos largo tiempo juntos en los días siguientes. He cambiado poco en su relato, quizá he dicho ulanos⁴ en vez de húsares, he movido un poco las guarniciones sobre el mapa para hacerlas irreconocibles y he cambiado de forma cautelara todos los verdaderos nombres. Pero en ningún sitio he inventado nada esencial, y no yo, sino el narrador, comienza ahora a narrar.

⁴ Cuerpo de caballería del Ejército austrohúngaro, inicialmente de origen polaco, de gran prestigio en el Ejército. Servir en los ulanos significaba mucho para quien lo hacía.

Hay dos clases de piedad. Una, la débil y sentimental, no es más que impaciencia del corazón por librarse lo antes posible de la embarazosa conmoción que padece ante la desgracia ajena; esa compasión no es compasión, es tan solo apartar instintivamente el dolor ajeno del propio espíritu. La otra, la única que cuenta..., la compasión no sentimental, sino creativa, sabe lo que quiere y está decidida a resistir, paciente y sufriente, hasta sus últimas fuerzas e incluso más allá.

TODO el asunto empezó con una torpeza, una necesidad completamente impremeditada, una *gaffe*, como dicen los franceses. Luego vino el intento de corregir mi tontería; pero la mayoría de las veces, cuando se quiere reparar con demasiada prisa el engranaje de un mecanismo de relojería, se echa a perder toda la maquinaria. Incluso hoy, al cabo de años, no me siento capaz de delimitar dónde terminó mi pura torpeza y dónde empezó mi propia culpa. Probablemente nunca lo sabré.

Yo tenía entonces veinticinco años, y era un activo teniente del regimiento de ulanos de equis... No puedo afirmar que sintiera nunca una especial pasión o interior vocación por la oficialidad. Pero cuando, en una vieja familia de funcionarios austriacos, dos muchachas y cuatro niños siempre hambrientos se sientan a una mesa pobremente servida, a uno no le preguntan demasiado por sus inclinaciones, sino que lo deslizan pronto al horno de la profesión para que no sobrecargue demasiado tiempo el presupuesto familiar. A mi hermano Ulrich, que ya en el colegio se echaba a perder los ojos de tanto estudiar, lo metieron al seminario; a mí, vistos mis fuertes huesos, me destinaron a la academia militar; desde entonces el hilo de la vida se desenrolla mecánicamente, no hace falta seguir engrasando la bobina. El Estado se encarga de todo. En pocos años, conforme al modelo predeterminado por la burocracia, hace gratuitamente de un pálido adolescente un alférez de barba insinuada, y lo envía al Ejército listo para usar. Un día, el del cumpleaños del emperador, antes de cumplir los die-

ciocho, me licenciaron, y poco después me pusieron la primera estrella en el cuello de la guerrera; con esto había alcanzado la primera etapa, y el torno de los ascensos podía girar de manera mecánica, con las debidas pausas, hasta el pase a reserva y la gota. Tampoco servir precisamente en caballería, tropa por desgracia muy costosa, había sido un deseo personal mío, sino el capricho de mi tía Daisy, que se había casado en segundas nupcias con el hermano mayor de mi padre cuando este había pasado del Ministerio de Hacienda a la, más rentable, presidencia de un banco. Rica y esnob a un tiempo, no quiso tolerar que alguien de su parentela, que se llamara también Hofmiller, «degradara» a la familia sirviendo en infantería; y, como este capricho costaba cien coronas de asignación al mes, tenía en todo momento que mostrar ante ella la más sumisa gratitud. El que a mí me gustara servir en caballería, o incluso mantenerme en el servicio activo, era algo en lo que nadie había pensado, y yo menos que nadie. Cuando estaba en la silla me sentía bien, y mis pensamientos no iban mucho más allá del cuello del caballo.

En aquel noviembre de 1913, algún decreto tuvo que escurrirse de un despacho a otro, porque de pronto nuestro escuadrón fue trasladado desde Jaroslav⁵ a otra pequeña guarnición en la frontera húngara. Es indiferente mencionar o no la pequeña ciudad por su verdadero nombre, porque dos botones del mismo uniforme no pueden parecerse tanto como una guarnición austriaca de provincias a otra. Aquí y allá las mismas ubicaciones públicas: un cuartel, un picadero, un campo de ejercicios, un casino de oficiales, tres hoteles, dos cafés, una confitería, una taberna, un sórdido local de *varietés* con desacompañadas cantantes que, como segunda ocupación, se reparten cariñosas entre ofi-

⁵ Localidad de la entonces Galitzia austrohúngara, actualmente en Polonia.

ciales y reclutas. En todas partes, el servicio militar significa la misma activa y vacía monotonía, dividida hora tras hora conforme al secular reglamento, rígido como el acero, y tampoco el tiempo libre es mucho más variado. En el cuarto de banderas los mismos rostros, las mismas conversaciones, en el café las mismas partidas de naipes y el mismo billar. A veces, uno se asombra de que haya complacido al buen Dios poner al menos otro cielo y otro paisaje en torno a los seiscientos u ochocientos tejados de una ciudad así.

En todo caso, mi nueva guarnición ofrecía una ventaja frente a la anterior, en Galitzia: era estación del tren rápido y estaba, por una parte, cerca de Viena, y, por otra, no demasiado lejos de Budapest. Quien tenía dinero —y en la caballería siempre sirven toda clase de tipos ricos, incluso entre los voluntarios, en parte aristócratas, en parte hijos de industriales— podía, si despachaba a tiempo, marcharse a Viena en el tren de las cinco y estar de vuelta a las dos y media de la mañana con el nocturno. Tiempo suficiente para ir al teatro, pasear por la avenida del Ring, hacerse el caballero y buscar ocasionales aventuras; algunos de los más envidiados incluso mantenían allí una vivienda permanente o un cuarto en una pensión. Por desgracia, tan refrescantes escapadas se salían de mi presupuesto mensual. El único entretenimiento que me quedaba era el café o la confitería, y allí, como las partidas de naipes solían elevar demasiado las apuestas, me entregaba al billar o jugaba al aún más barato ajedrez.

Así también en esta ocasión, una tarde, debe de haber sido a mediados de mayo de 1914, estaba sentado en la confitería con un acompañante ocasional, el farmacéutico de El Ángel de Oro, que al mismo tiempo era teniente alcalde de la pequeña ciudad en la que estábamos de guarnición. Hacía mucho que habíamos concluido nuestras tres partidas habituales, y hablábamos tan solo por pereza de levantarnos —¿adónde íbamos a ir en este saco de aburrimiento?—, pero la conversación se extinguía somnolienta ya, como un

cigarrillo consumido. Entonces, de pronto, se abre⁶ la puerta, y la campana de una falda entra con una ráfaga de aire fresco y una hermosa muchacha: ojos castaños y almendrados, cutis oscuro, vestimenta espléndida, en absoluto provinciana, y, sobre todo, una cara nueva en esta soledad dejada de la mano de Dios. Por desgracia, la encantadora ninfa no nos mira siquiera cuando nos levantamos respetuosos; enérgica y temperamental, pasa directamente con paso firme y deportivo por entre las nueve mesitas de mármol del local hasta el mostrador para pedir allí una docena de pasteles, tartas y aguardiente. En seguida me llama la atención lo devotísimamente que el señor confitero se inclina ante ella..., nunca he visto tan tensa la costura de la espalda de su levita. Incluso su mujer, exuberante y basta Venus de provincias, que por lo común se deja cortejar del modo más descuidado por todos los oficiales —a menudo se deben hasta fin de mes toda clase de pequeñeces—, se levanta de su asiento junto a la caja y casi se deshace en una cortesía aterciopelada. La hermosa muchacha mordisquea unos cuantos pralinés sin prestar atención, mientras el confitero anota el pedido en el libro de clientes, y da un poco de conversación a la señora Grossmaier; pero a nosotros, que quizá estiramos el cuello con excesivo celo, no nos toca siquiera un parpadeo. Naturalmente que la joven dama no se sobrecarga la bella mano con un solo paquetito; todo le será remitido con total confianza, como la señora Grossmaier asegura sumisa. Y tampoco piensa en lo más mínimo en pagar en metálico en la caja automática de acero, como

⁶ En este punto empieza la interesante narración de Zweig en primera persona del presente de indicativo, tiempo inusual en la narrativa de aquella época. Desde este momento, la acción transcurre, por así decirlo, en tiempo real. En los cambios de escena recurre por un momento al tiempo de la narración, el pretérito, para volver de nuevo al presente. Pero a veces el salto temporal se produce de manera abrupta, *in medias res*, como iremos haciendo observar.

nosotros, los mortales comunes. En seguida lo sabemos todos: ¡clientela extrafina y distinguida!

Cuando, hecho el pedido, se vuelve para irse, el señor Grossmaier se adelanta presuroso para abrirle la puerta. También mi señor farmacéutico se levanta de su asiento para despedirse con el mayor respeto de la mujer que pasa. Ella le da las gracias con soberana amabilidad —¡rayos y truenos, qué ojos aterciopelados, del color de la miel!—, y yo apenas puedo esperar a que, azucarada por tantos cumplidos, haya salido de la tienda para preguntar ansioso a mi acompañante por esa flor entre cardos.

—Pero ¿no la conoce? Es la sobrina de (bien, yo lo llamaré señor Von Kekesfalva, el nombre real era otro) Kekesfalva... Usted conocerá a los Kekesfalva.

Kekesfalva: me arroja el nombre como si fuera un billete de mil coronas y me mira como esperando, cual eco evidente, un respetuoso «¡Ah! ¡Por supuesto!». Pero yo, teniendo recién trasladado, caído hace tan solo un par de meses en la nueva guarnición, yo, ignorante, no sé nada de esa muy misteriosa deidad, y pido cortésmente se me dé alguna otra aclaración, que el señor farmacéutico me da con todo el placer del orgullo provinciano..., por supuesto de forma mucho más locuaz y detallada de lo que reproduzco aquí.

Kekesfalva, me explica, es el hombre más rico de toda la comarca. Sencillamente todo le pertenece, no solo el castillo de Kekesfalva —«tiene usted que conocerlo, se ve desde el campo de ejercicios, a la izquierda de la carretera, el palacio amarillo con la torre plana y el gran parque antiguo»—, sino también la gran fábrica de azúcar de la carretera de R., el aserradero de Bruck y la yeguada de M.; todo eso le pertenece, y además seis o siete casas en Budapest y Viena.

—Uno casi no puede creerse que haya gente tan rica aquí, y el tipo sabe vivir como un verdadero magnate. El invierno lo pasa en su pequeño palacio vienés de la Jacquingasse, el verano en balnearios; aquí solo se instala unos cuantos meses en primavera, pero, por Dios, ¡qué casa!

Cuartetos venidos de Viena, champán y vinos franceses, ¡lo primero de lo primero, lo mejor de lo mejor!

Si me apetecía, él me introduciría con gusto allí, porque —grandes gestos de satisfacción— tenía amistad con el señor Von Kekesfalva, hace años había hecho a menudo tratos comerciales con él y sabía que siempre gustaba de tener oficiales a su lado; una palabra suya y me invitarían.

Bueno, ¿por qué no? Uno se ahoga en el estanque putrefacto que es una guarnición de provincias así. Ya se conoce de vista a todas las mujeres que recorren el paseo, se conoce el sombrero de verano y el de invierno de todas, y el vestido noble y el de diario, todo es siempre lo mismo. Se conoce al perro y a la criada y a los niños, de verlos venir y verlos pasar. Se conocen ya todas las artes de la gruesa cocinera bohemia del casino, y poco a poco a uno se le vuelve insensible el paladar ante el eterno menú del restaurante. Se conoce de memoria cada nombre, cada placa, cada cartel de cada callejón, cada tienda de cada casa y cada escaparate de cada tienda. Se sabe ya casi con la misma exactitud que el camarero Eugen a qué hora aparecerá en el café el señor juez, y que tomará asiento junto a la ventana del rincón izquierdo y a las cuatro y media en punto pedirá una *melange*⁷, mientras el señor notario llega a su vez exactamente diez minutos después, a las cuatro y cuarenta, y en cambio —bendita variación—, debido a su estómago delicado, toma un vaso de té con limón y cuenta los mismos chistes mientras fuma su eterno Virginia. Ah, se conocen ya todas las caras, todos los uniformes, todos los caballos, todos los cocheros, todos los mendigos de toda la comarca, se conoce uno a sí mismo hasta el hastío. ¿Por qué no salir un día de la cotidianidad? Y luego, ¡esa guapa muchacha, esos ojos castaños como los de un corzo! Así que le digo a

⁷ Modalidad típica del café vienés, consistente en un café con leche muy cremoso.

mi benefactor, con fingida indiferencia —¡no hay que mostrarse demasiado ansioso ante un vanidoso boticario!—, que sin duda sería para mí un placer trabar conocimiento con la familia Kekesfalva.

De hecho —¡vaya, el buen farmacéutico no fanfarroneaba!—, dos días después, hinchado de orgullo, me trae al café con aires de protector una tarjeta impresa a la que se ha añadido de puño y letra mi nombre, y esa invitación dice que el señor Lajos von Kekesfalva invita a cenar al señor teniente Antón Hofmiller el miércoles de la semana próxima a las ocho de la tarde. Gracias a Dios, uno tampoco ha nacido ayer y sabe cómo ha de comportarse en tales casos. El domingo mismo por la mañana me enfundo mi mejor uniforme, con guantes blancos y zapatos de charol, impecablemente afeitado, con una gota de agua de colonia en el bigote, y salgo a hacer mi visita de presentación. El criado —anciano, discreto, vestido con buena librea— toma mi tarjeta y murmura en tono de disculpa que sus señores lamentarán enormemente que el señor teniente haya hecho el viaje en balde, pero están en la iglesia. «Tanto mejor —me digo yo—, las primeras visitas son siempre terribles, en servicio y fuera de servicio. En cualquier caso, yo he cumplido con mi obligación. El miércoles por la tarde irás, y ojalá sea agradable. Hecho —pienso—, asunto Kekesfalva resuelto hasta el miércoles». Pero con sincera alegría me encuentro dos días más tarde, el martes, pues, una plegada tarjeta de visita del señor Von Kekesfalva en mi cuarto. «Impecable —pienso—, el tipo tiene modales». A los dos días mi visita me es devuelta, a mí, el pequeño oficial... Un general no puede desear más cortesía y respeto. Y ahora espero la noche del miércoles con un presentimiento realmente bueno.

Pero nada más empezar me juegan una mala pasada... En verdad, habría que ser supersticioso y prestar más atención a los pequeños signos. A las siete y media del miércoles estoy listo, el mejor uniforme, guantes nuevos, zapatos de

charol, los pantalones planchados como una cuchilla de afeitar, y mi asistente está tirándome de las arrugas de la guerrera y revisando si todo está bien —siempre necesito a mi asistente para eso, porque no tengo más que un pequeño espejo de mano en mi cuartito mal iluminado—, cuando llaman a la puerta: un ordenanza. El oficial de servicio, mi amigo, el capitán conde de Steinhübel, me ruega que suba a verle a los aposentos de la tropa. Dos ulanos, probablemente borrachos hasta las cejas, se han peleado, y finalmente el uno le ha dado en la cabeza al otro con la carabina. Y ahora el torpe de él está ahí tumbado, sangrando, desmayado y con la boca abierta. No se sabe si tiene el cráneo entero o no. El médico del regimiento se ha marchado a Viena de permiso, el coronel está ilocalizable; así que en su angustia el buen Steinhübel me ha llamado, maldita sea, precisamente a mí para que resuelva el asunto mientras él se encarga del herido, y ahora tengo que levantar acta y despachar ordenanzas a todas partes para que traigan un médico civil del café o de donde sea. Entre una cosa y otra se me hacen las ocho menos cuarto. Me doy cuenta de que no saldré de aquí antes de un cuarto de hora o media hora. Maldición, precisamente hoy tiene que pasar una guarrada así, ¡precisamente hoy, que estoy invitado! Miro el reloj, cada vez más impaciente; imposible llegar puntual, aunque no tenga que enredar aquí más que otros cinco minutos. Pero el servicio, eso lo tenemos metido en los huesos, está por delante de cualquier obligación privada. No puedo largarme, así que hago lo único posible en esta complicada situación, es decir, envío a mi asistente con un coche de punto —la broma me cuesta cuatro coronas— a casa de Kekesfalva, me disculpo para el caso de que llegue con retraso, pero una insospechada incidencia del servicio, etcétera, etcétera. Felizmente, el jaleo en el cuartel no dura demasiado, porque el coronel aparece en persona con un médico hallado con prontitud, y puedo escurrirme sin llamar la atención.